

Las fuentes de la salud

NOVELA



edilesa/narrativa

Ara Antón

Dirección editorial:
Vicente Pastor

Dirección de arte:
Vicente Pastor

AraAntón

© Edilesa, 2004

Camino Cuesta Luzar, s/ n - 24010 Trobajo del Camino. León (España)
Teléfono: 987 800 905 - Fax 987 840 028

I.S.B.N.: 84-8012-478-4
Depósito Legal: LE-1.581-2004
Preimpresión.- LetterMAC
Impreso en España

Quedan reservados todos los derechos;
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del titular del copyright.

Julia daba vueltas en un lecho que ahora, desde hacía unos días, era demasiado grande. Miró la esfera del reloj. Recordó que alguien le había dicho que no era conveniente tener esas sustancias fosforescentes cerca. Sonrió mortificada y se sentó, apoyando la espalda en el cabecero. Eran las tres de la madrugada y, después de una hora escasa, de un sueño pesado y lleno de imágenes, que no fue capaz de entender, se encontraba tan despejada como si hubiera dormido la noche entera. Rememoró la visita a su madre, quien pasaba sus últimos días en el olvido cómodo de una residencia para ancianos. No había ido a verla por la obligación de la visita semanal; lo hizo tratando, una vez más, de hallar a la madre que seguía empeñada en buscar. La vio en el jardín, acompañada del nuevo residente, el que había nacido en su mismo pueblo, aunque, al igual que ella misma, después de la guerra, había emigrado de la aldea. Él, y Julia estaba convencida

de que a su pesar, ya que era reservado y huidizo, parecía ser ahora el protagonista de la vida de Mercedes. Al verle el primer día, se había molestado por tener cerca a alguien que supiera de sus años juveniles y pudiera comentarlos. En cambio, cuando comprobó que Erundino no trataba con nadie, empezó a buscar su compañía para, desgranando remembranzas, volver a vivir.

-Me gustaría hablar contigo, mama -había apuntado Julia sintiendo un nudo en la garganta, casi a punto de llorar.

-Bien -contestó la anciana sin interés, con los ojos perdidos en el césped, apresurándose a sujetar el brazo del amigo, que hizo ademán de irse-. Tú -ordenó con la voz que la hija tan bien conocía- quédate. Yo nunca he tenido secretos -afirmó tajante y completamente convencida de no estar mintiendo-. Vamos -urgió, volviéndose para encararla-. Di.

-Ernesto me ha dejado -susurró ella, sin poder levantar el tono, por miedo a soltar algún pitido discordante y temiendo que su madre no la hubiera oído y fuera necesario repetir la maldita frase.

-Me lo esperaba -afirmó Mercedes con una media sonrisa-. Y lo que me extraña es que haya tardado tanto. Nunca me fié de él. Ya lo sabes. Lo que pasa es que tú te cegaste y... Bien. Quizás sea mejor así. ¿Te queda una buena paga? -se interesó práctica.

-Sí -asintió Julia apretando los labios-. Pero eso ahora es lo de menos, porque...

-¿Cómo que es lo de menos? -remedó con una cierta crueldad su madre-. Estas equivocada, como siempre. Lo único importante es tener de qué vivir; los sentimientos son adornos que nos inventamos... -y, volviendo sus ojos al verde tapiz que recubría la tierra del jardín, interrogó casi soñadora-. ¿No es cierto, Erundino? -sin esperar la respuesta del aludido, quien no había levantado la cabeza durante la conversación, queriendo, tal vez así, conceder una cierta intimidad a la visitante, continuó- ¿Recuerdas cuánta hambre pasamos? Y ya ves, a nosotros, cuando pudimos hacernos ricos, nos lo quitaron todo... -y sin pausa, empezó, por enésima vez, la narración del momento de su existencia en que su destino pudo cambiar y que, sin saber cómo, en una noche, no sólo se perdió la oportunidad de acabar con la ancestral miseria de su familia, sino también la vida de sus hermanos.

Julia dejaba caer ahora las lágrimas que había contenido durante meses y que había reservado para el regazo de su madre. No pudo llorar allí. Mercedes no había querido escucharla. Sus dolores siempre habían estado por encima de los del resto de los mortales. Y fue cierto en un momento de su vida, allá por el año treinta y nueve. Ahora, estimulada su memoria, una vez más, por las desgracias, se olvidó del presente, aburrido y monótono, y se lanzó a recordar, con el morboso placer del do-

lor superado, aquel día de diciembre en que ella, su hermana Trini y su madre, asistían a Pura, la riquísima terrateniente, que se moría.

La mujer sufría las penas del infierno y mareaba a las otras tres con su necesidad inútil de consuelo. Ellas la atendían lo mejor que podían y sabían, porque... “Estuve enfermo y me visitasteis...” había dicho la madre, bajando la cabeza, cuando las dos chicas empezaron a poner peros, días atrás, a su sugerencia de ayudar a Pura. No fueron con muchas ganas, pero la nutritiva pitanza de la casa les había hecho acabar con las últimas reticencias. Y esa tarde de invierno, después de un abundante cocido, asistían impotentes y un poco asombradas al espectáculo, siempre renovado y sorprendente, de la agonía de la mujer. Se revolvía impaciente, soltando débiles quejidos, con los ojos cerrados, o pidiendo agua que luego no bebía, o “cambiadme de postura”, para, cuando se acercaban “dejadme, no me toquéis que me duele todo...” Llegó el cura y algunos vecinos. Hubo rezos que aterraron a la agonizante. Luego, poco a poco, se fueron marchando todos y las cuatro mujeres quedaron solas como las tardes anteriores. En un momento dado, la enferma pareció mejorar. Se dejó cambiar las almohadas empapadas de sudor y hasta bebió un sorbo del vaso que le ofreció Mercedes... Miró al sol poniente que traspasaba el encaje del visillo y luego a sus cuidadoras.

-Gracias -balbuceó, silbando entre los resecos labios-. Si no hubierais venido habría muerto sola. Ya veis ... mis parientes... -quiso sonreír, pero sólo consiguió una mueca doliente que le hizo parecer un cadáver-. Y luego acudirán enseguida a llevarse todo... Acércame -ordenó casi autoritaria, mirando a una de las chicas- las llaves que están colgadas en la hornacina del comedor.

Mercedes corrió a hacer el mandado y regresó, dejando caer el manojo junto a las manos de Pura.

-No -dijo ella-. Abre el arca.

La chica se olvidó de su miedo y, tomando el aro de hierro, se acercó al arcón, con tapa de doble vertiente, que ocupaba casi por completo una de las paredes. Mientras trataba de introducir la enorme llave en la cerradura, se pasaba la lengua por los labios, sin saber si su gesto era debido a la pura concentración o a la imaginación disparada de las riquezas que pensaba encontrar. Al levantar la pesadísima tapa, un agradable aroma a manzanas llenó la habitación, cubriendo por unos segundos el acre, o rancio, o agrio, o dulzón hedor que emanaba del cuerpo en transformación. Ella miró con ojos dilatados los encajes y las cintas que, ordenados y pulcros, parecían esperar un cuerpo joven que los vistiera. Apretó la boca, pero no se atrevió a tocar nada. Se volvió para encarar a la enferma, esperando órdenes, mientras se veía engalanada con aquellas telas.

-Mete la mano por la esquina de atrás. No -se apresuró Pura, alzando la voz, lo que la hizo toser hasta convertirse en un muñeco de trapo, sudoroso y ceniciento-. Al otro lado -gimió, cuando la violencia que la desgarraba se detuvo.

La chica, despacio, buscó. Luego, cuando su mano tocó algo distinto de las ropas, se volvió a mirarla, interrogándola con los ojos. ¿Debía coger aquello que palpaba?

-Sácalo -respondió la agonizante a su mirada.

Con trabajo, se hizo con la gran bolsa de cuero.

-Son las joyas de mi abuela -explicó Pura, esforzándose entre violentas toses-. Llévatelas -ordenó a la madre-. Si esperas que mis familiares te paguen, estás lista, aunque ya les he dicho lo que deseo darte. Pero como estoy segura de que no lo harán, es por lo que quiero compensarte ahora. -y, cerrando los ojos, dio por finalizado su costoso discurso, lanzando mordiscos al aire, que se negaba a entrar en su cuerpo.

Mercedes le ofreció la pesada bolsa, pero ella la rechazó, dirigiéndose a la enferma.

-Pura, agradezco la intención, pero no puedo aceptarlo. Si mueres, tus parientes me acusarían de ladrona y eso... -la mujer negó casi con todo el cuerpo-. Sabes que nunca he tenido nada, pero nadie me ha hecho bajar la cabeza. No quiero llevármelo -y al decirlo, hizo gestos a la chica para que devolviera la bolsa a su lugar-. No te preo-

cupes -siguió luego, sonriendo a la enferma, mientras le daba palmaditas en la mano descarnada y fría-. En el tiempo que hemos estado cuidándote, todos los míos han comido hasta reventar. Con eso me considero pagada.

-Nadie te acusará de nada -negó un susurro de voz muy lejana, hecha de soplos cortos y silbantes-. Ellos saben cuál es mi deseo y esta tarde, cuando vino el cura, se lo expliqué y le hice jurar que defendería mi voluntad. Llévatelas, por favor...

Mercedes, sin soltar la presa, apretándola con fuerza contra el pecho, parecía no sentir su peso, mientras esperaba la decisión de su madre. Miraba con golpes rápidos y casi incontrolados a una y otra mientras hablaban y, de reojo, a su hermana Trini, quien permanecía expectante cerca de la puerta de entrada. Se imaginaba una vida parecida a la de los últimos días, en que se sentía tan llena al acabar de comer, que casi le daba asco... Y alpargatas nuevas cada vez que el dedo empezara a asomar y hasta batas de percal para el día de la fiesta, e incluso un vestido de raso para la boda de... Un ruido de pisadas en el corral avisó de la entrada de alguien. Pura abrió los ojos con trabajos infinitos y bisbiseó casi con rabia.

-Llévatelas.

Mercedes pasó la bolsa a Trini, que la ocultó bajo el mandil. Una seña imperceptible de la madre, quien murmuró como en un rezo, “escóndelas”, y

la chica corrió escaleras abajo con su tesoro, cruzándose con los sobrinos de la enferma, que hubieron de apartarse para no ser derribados.

-Estas crías... -dijo el hombre cabeceando a uno y otro lado, mientras la mujer, con los labios apretados, se volvía a mirar la figura que se perdía en el crepúsculo.

Sí, Julia conocía muy bien la historia. Había tenido que oírla muchas veces a lo largo de su vida. Y también sabía que a Trini no volvieron a verla nunca más.

Aquella noche, la madre y Mercedes quedaron, como ya era habitual, junto a la moribunda, pensando que la otra chica habría decidido dormir en su propia casa. Mientras, el padre y el resto de los hermanos estaban tranquilos imaginándose a las tres mujeres juntas.

Pura murió de madrugada. Las tareas de lavado y acondicionamiento del cadáver fueron largas. Cuando finalizaron sus trabajos y el cuerpo descansó, aseado y vestido, en una sábana sobre el suelo, a la espera de la caja, una neblina lechosa comenzaba a filtrarse por las contraventanas. Corrió entonces Mercedes a informar a los parientes, al cura y a su propia casa. En ese momento se dieron cuenta de que Trini no se encontraba ni con unos ni con otros. Avisada, la madre se llegó

al hogar, como para verificar por sí misma la desaparición o, tal vez, necesitando inventarse un agujero en el que los demás no hubieran reparado. La desorientación de todos fue absoluta. “Esas cosas no pasaban más que en el extranjero...”, parecían indicar sus caras aleladas.

-Hay que buscarla -rompió el hielo Ezequiel, el único varón que, como hombre y hermano mayor, era el soporte y apoyo de todos.

Hacía pocos días había tenido que apartar a un par de mozos de Trini en el improvisado baile organizado, desde el comienzo de la guerra, en casa de la tía Hermelinda, que cantaba incansable, sin dejar de golpear las coberteras, para que los mozos y mozas danzaran. Habían bebido demasiado vino y comenzaron a ponerse pesados con la chica. Unas palabras hirientes y sobre todo la superioridad física del joven, habían hecho bajar la cabeza a los dos latosos, que se fueron humillados, mascullando venganzas que a todos hicieron sonreír.

Ya caminaba hacia la puerta tomando su capa, cuando unos golpes lo detuvieron. Se volvió a mirar a sus padres y hermanas, asombrado de que a aquellas horas tuvieran visitas. La madre aclaró atropellada que, como Pura había muerto, “medio pueblo anda ya despierto...” Ezequiel se acercó a abrir y se encontró con cuatro hombres, llevando escopetas, que parecían impacientes y hoscos.

-Tienes que venir a la Casa del Pueblo a hacer

una declaración -dijeron, mirando hacia otra parte.

-No -gritó la madre, interponiéndose. Sabía ya muy bien lo que significaban esas palabras-. Mi hijo no ha hecho nada. Así que no irá con vosotros.

-Ya lo sabemos, vieja -dijo uno de ellos un tanto despreciativo, como restando importancia al hecho-. Hemos dicho que es para hacer una declaración, no para pegarle una paliza... Venga, quita de en medio o tendremos que hacerlo nosotros. Y tú -encaró al muchacho, que se había quedado mudo contemplando la escena sin enterarse de lo que se hablaba- sal de una vez. No compliques cosas que no tienen mayor importancia.

El joven apartó a la madre con delicada fuerza.

-Quite, madre. No se preocupe. Será por hacer fiesta el primero de mayo. Daré explicaciones y volveré. Entretanto -se volvió para encarar al padre, quien se apoyaba en el quicio de la puerta de la cocina, pálido como un muerto- empiecen a buscar a Trini. Regresaré en cuanto pueda -y salió cerrando a sus espaldas.

Su familia permaneció inmóvil, como en una de aquellas fotos que les habían hecho hacía poco, en que todos, quietos y serios, miraron al fotógrafo durante un instante infinito. Luego, de repente, las mujeres rompieron a llorar al unísono y, empujándose, se apresuraron hacia la puerta. Su hermano y acompañantes ya habían doblado la esquina, así que corrieron hacia la Casa del Pueblo, ciegas, sin

saber por dónde pisaban. Llegaron a tiempo de verlos desaparecer, engullidos por la entrada. Allí estaban ya algunas otras familias a las que se había visitado antes. Mercedes se encaramó a una de las ventanas.

-¡Les están pegando! -gritó, desquiciada-. ¡Les están pegando!

Un desconocido salió de dentro con una escopeta en la mano y, despacio, les apuntó con ella.

-Marchaos mientras podáis -gritó colérico-. No nos hagáis arrepentir y acabemos llevándonos a todos-. ¡Venga! -chilló aún más alto- ¡Largo de aquí!

La gente retrocedió unos pasos, pero un quejido procedente del interior les hizo olvidar por unos instantes la escopeta que les apuntaba y avanzaron hacia la puerta. El hombre disparó. La bala se perdió, pero el terror hizo correr a la concurrencia a buscar refugio en las esquinas colindantes.

-No se os ocurra volver o los que están dentro lo pasarán mal...

-Vamos hijas -aconsejó la madre, aturullada por las desgracias-. No sea que vayan a hacer daño a tu hermano por nuestra culpa...

-Pero madre -se zafó Mercedes, gritando- si les estaban pegando...

-Calla, hija, calla. No venga una calamidad detrás de otra. Vámonos. Soltarán a Ezequiel. Él no ha hecho nada -se empecinó, tirando de ella y de la más pequeña, que hacía pucheros, mirándolas

insegura.

Cuando llegaron, las puertas les esperaban abiertas de par en par. El padre no estaba. Pensaron que quizás había ido a buscar a Trini. Luego supieron que había corrido a llamar a la casa del cura, al que ayudaba a misa los domingos, para que intercediera por su hijo. Nadie le abrió la puerta...

Sí, seguramente aquello había sido lo suficientemente duro para que la madre, el padre y la hermana pequeña, murieran al poco, y para que el resto, cuando se reunían, no hablaran de otra cosa, a pesar de que hubieran pasado muchos años. Mas Mercedes se había casado, había tenido una hija... La vida y las obligaciones deberían haberse impuesto a aquel amanecer... Pero no. Su madre quedó para siempre ante las puertas de la Casa del Pueblo, aunque el edificio fuera derribado a los pocos meses del día fatídico, probablemente para destruir símbolos.

Julia no entendió nunca, de niña, qué le ocurría a mamá que no estaba con ella. Más tarde, cuando fue mayor y capaz de evaluar la tragedia, comprendió, e incluso quiso ir, ella también, ante aquella casa fantasmal para traerse consigo a su madre. Compartió su sufrimiento pero no logró su compañía. Ahora le dio rabia su autocompasión. Secó las lágrimas y se levantó, paseando por el cuarto.

Bien. Ya había llorado. Ya había constatado su absoluta soledad. Mercedes era la última carta. Su propia hija estaba demasiado lejos, además ella la había educado para ser independiente... Cuando le notificó la decisión del divorcio, se limitó a recomendarle un abogado. Bueno, se le presentaban dos opciones, o pegarse un tiro, cosa bastante complicada, pues no poseía siquiera pistola, o seguir viviendo. “¡Dios! ¿Y cómo se puede hacer eso?” Tenía cuarenta y cinco años. Por supuesto no iba a molestarse siquiera en buscar trabajo. No estaba dispuesta a que le recordaran constantemente lo mayor que era y que “a su edad...”. Además no lo necesitaba. Podía vivir con poco. Pero, entonces ¿qué disculpa iba a encontrar cada día para salir de casa? O, más aún, para levantarse de la cama.

Abrió la persiana. La plaza estaba desierta. Miró al cielo. Las estrellas apenas se veían ya. Regresó al lecho arrastrando los pies. Se dejó caer en él, pensando que podía descansar un poco mientras el sol comenzaba su trabajo diario... Soñó con las joyas de Pura.

Cuando despertó, la luz bañaba la habitación y el calor del mes de julio lo empapaba todo. Se quedó quieta, sintiendo subir la angustia por la garganta. Este era uno de los momentos más difíciles del día. Pasaba revista a sus deberes y recordaba un tiempo en que era consciente de que las horas diurnas no serían suficientes para poder desempeñar todas sus

obligaciones. En cambio ahora, nada ni nadie se iba a resentir si decidía no levantarse.

Podía salir a desayunar a alguna cafetería, discurreo deseando animarse, comprar la prensa y luego caminar un poco antes de que el calor se hiciera insoportable... Se volvió sobre el brazo derecho y miró el pedazo de cielo azul brillante, que en otro momento le habría llamado a vivir. Pensándolo bien, quizás fuera preferible no ir a ninguna parte, porque no sentía necesidad de comer, ni de caminar, ni de leer noticias de un mundo que la había excluido. Escondió la cara entre los brazos y volvió a llorar, dejando pasar el tiempo, que parecía deslizarse por entre las tumbas de un cementerio nuevo. Cuando sus ojos estuvieron secos, una vocecita interior le recordó que, a pesar de los mensajes que quisieran darle desde fuera, ella se consideraba aún joven, competente, con sentimientos y deseos, como si los años no hubieran transcurrido. Es más, caviló, en este momento creía estar mucho más equilibrada, más preparada para enfrentar la vida... “Bien, entonces, ¿qué demonios estoy haciendo aquí echada, lamentándome? Si es cierto que soy madura y capaz, lo que debo hacer es empezar por demostrármelo a mí misma...”

Mientras pensaba, se sentía llena de poder. Casi olvidó que su marido la había dejado por una adolescente... Que estaba sola frente a una sociedad que ya no la veía... Que no tenía ninguna meta,

porque sus objetivos estaban cumplidos en las vidas de los demás... Hizo intención de levantarse, pero al iniciar el movimiento, los miedos volvieron. ¿Para qué? ¿A dónde ir? ¿Qué hacer? ¿Para quién? “Para nadie. Ahora es mi momento. Sólo para mí”. Casi llegó a sonreír al darse cuenta de que había dejado de tener obligaciones. Fue sólo un instante. El vértigo del vacío tornó a envolverla. Constató que si dejaba de pensar en las necesidades de los demás, se encontraba inútil, porque ella había aprendido a arrinconar las suyas propias, de forma tan eficiente, que ya no tenía ninguna. “Bien, pues tendré que crearlas...”

Durante unos segundos pasó revista a cosas que le habían ilusionado en su juventud. Las encontró infantiles y absurdas, cuando no pedantes, como la idea que siempre había tenido de ser escritora... Menos mal que se casó muy joven y su hija nació enseguida... Estas obligaciones, más la ocupación que desempeñaba, se encargaron de hacerle olvidar aquel absurdo deseo. Absurdo porque ella era consciente de no haber nacido en el nivel social adecuado. No obstante, ahora tenía todo el tiempo del mundo. Podría dedicarse a escribir y, aunque nunca lograra publicar, al menos tendría una tarea. Recordó el placer que le producían aquellas ingenuas poesías que hilvanaba en las largas tardes de invierno. Fue consciente de cómo volaba el reloj cuando se sentaba con un cuaderno sobre el rega-

zo y ponía en papel sus sueños de niña pobre. Tal vez, si reemprendía aquel hábito suyo, consiguiera hacer correr de nuevo el tiempo...

Bien. Sí, podría escribir pero, ¿sobre qué? Ahora ya no le inquietaban tantas cuestiones como cuando era una cría. En realidad ningún tema le interesaba lo suficiente... Volvió la vista atrás. En su momento pensó en muchas cosas que le hubiera gustado tratar. Tal vez sólo debería retomarlas. Inmediatamente, el eterno asunto de la vida de su madre le entró en la cabeza. Aquella historia que había marcado el existir de dos generaciones, tornó tan poderosa como el día en que ocurrió. Sí, quizás podría trabajar sobre ese asunto, para, de una vez por todas, arrinconar los fantasmas, empujar a los muertos a su reino y vivir con los vivos. Pero se dio cuenta de que ignoraba dos puntos importantísimos para cualquier historia. Dónde estaban dos de sus protagonistas. Porque, en realidad, sus abuelos dieron por supuesto que Ezequiel había sido fusilado y que Trini estaba muerta, pero no tenían pruebas ni testigos... Sólo sabían que, al salir en camiones del pueblo, uno de los hombres había susurrado a un vecino que les veía marchar desde la esquina. “Nos llevan a Boñar...” ¿Fue ese su destino real? ¿Les brindaron esa información para que dejaran de hacer preguntas? ¿Se lo inventó el condenado para dar esperanza de tiempo a los suyos? Fuera o no cierto, era el único indicio que tenían y

ella lo había oído docenas de veces.

Se levantó al fin y se acercó a la ventana. Las piedras de la plaza parecían hervir. Las gentes caminaban con rasgos cansados y movimientos torpes. “¿Y si me alejara del calor de la ciudad? Nadie me echaría de menos si decido pasar unos días en la montaña...” De repente sintió una extraña prisa. Si hacía las maletas pronto, podría estar para la hora de la comida en Boñar...Bien. Sí, iría.